

son de las trompetas y clarines. Muy pronto será invadido el salón por los soldados y el pueblo.

Como el edecan del general Nunciante se alejase un momento para hablar con su jefe y ejecutar diversas órdenes, vuelve el miedo á apoderarse del ánimo de los diputados al oír las olas irritadas de militares y lazzaroni, que atravesando los largos corredores de Monteolivetto se dirijian por aquella parte con la amenaza en los labios. ¿Será que el glorioso presidente Cagnazzi y sus sublimes magistrados, vayan á perecer en sus sillas curules, como los romanos de otro tiempo á manos de los antiguos bárbaros? No, no hay que temerlo: otra época, otra conducta.

Sabiendo perfectamente que el rey no habria encontrado en ellos misericordia, si vencedores, no podian, vencidos, resolverse á creer en la misericordia del rey. Piensa el ladrón que todos son de su condicion.

Petrucelli, el miembro mas osado del *provisional* y del *salvacion pública*, el que seguramente hubiera parodiado á *Barbés* y á *Saint-Just* si Nápoles le deja obrar, se acogió primero en tan amargo trance á un sitio harto *anti-heróico* á la verdad, conocido vulgarmente con el nombre de *lugar comun*; despues suplicó á un buen gendarme que le prestase su uniforme, y se escapó por último con aquel disfraz guerrero (1).

Recciarđi saltó por una ventana; idea plagiada á *Ledru-Rollin*. Quien á lo suyo se parece no desmerece (2).

La Cecilia iba á seguir el mismo ejemplo; habia tirado su cimera, que por cierto jamas le sirvió de nada; á vestir toga, se hubiera despojado de ella lo mismo; tambien arrojó á mil leguas su espada diciéndole con voz ininteligible: “¡Lejos de mí! instrumento inútil;” y ya iba echando la pierna fuera de la ventana libertadora, cuando el diputado *Barracca* le cojió violentamente... por detras, gritándole con acento de justa indignacion:

“¡Hermano! ya que por tu causa estamos aquí cojidos en la ratonera, no vayas á escabullirte dejándonos en las uñas del gato.”

La Cecilia tuvo por el pronto que renunciar á la fuga; mas como sabia aquel antiguo proverbio que dice: “Si no es hoy será mañana,” se le vió mas tarde... volver á huir (3).

El valiente Mileti se escapaba á la sazón por la parte del mar, pero sin entonar como antes himnos de victoria. “¡Ciudadanos! decia jadeando, nos hemos.....” Despues, como no prestaba culto en lo íntimo de su corazón sino á las insurrecciones, único culto, providencia y eter-

(1) Historia de los sucesos ocurridos en Nápoles el 15 de Mayo, por el conde Marulli.

(2) Ibid.

(3) Ibid.

nidad de los bandidos, gritaba en medio de los grupos: “¡Ea! ¡Hijos de la libertad! ¡Al campo! ¡á la montaña! ¡á la Calabria!”

Los seiscientos rebeldes cojidos prisioneros fueron trasladados á bordo de una fragata, en donde esperaban ser juzgados y fusilados; pero el rey Fernando les hizo merced no tan solo de la vida, sino tambien de la libertad, y aun á varios, de los destinos que antes habian desempeñado. Tal es la conducta que en todas ocasiones ha seguido el *tirano* de Nápoles (1).

A la caída de la tarde, todo habia ya concluido, desapareciendo los principales cabecillas. Uno de ellos murmuraba para sí esta frase: “En las revoluciones no perecen nunca mas que los instrumentos imbéciles.” Fernando II habia reconquistado su corona con el noble auxilio que le prestaron sus valientes. Los diputados de Monteolivetto se libraban del furor del pueblo, merced á la generosidad del monarca, que les hizo acompañar por gendarmes, sin los cuales no se hubiesen salvado tan solo á costa de algunos silbidos. Todas las luces de la Italia Roja avivadas por el viento de las repúblicas, se habian apagado en el lodo. Tras la victoria el perdón. El pueblo se entregaba á la embriaguez de la alegría, porque habian desaparecido sus tiranos; y hasta en la misma calle de Toledo se enarbolaban banderas blancas. La monarquía debia su salvacion al ejército, y el rey la suya á Dios.

CAPITULO VIII.

EL REY Y LA CONSTITUCION.—INSURRECCION EN LA CALABRIA.—HAZANAS DEL EJERCITO NAPOLITANO.—VICTORIA DEL GENERAL NUNZIANTE.—DERROTA DEL COMITE DE SALVACION PUBLICA DE LA CALABRIA.—CONTINUACION DE LA REVOLUCION SICILIANA.—CONSTITUCION EN PALERMO.—ES PROCLAMADO REY EL DUQUE DE GENOVA.

Fernando II habia cambiado su ministerio durante la jornada del 15 de Mayo. El nuevo gabinete, mitad monárquico y mitad radical, se habia constituido provisionalmente en esta forma: el príncipe Cariati, presidente; el príncipe Ischitela, el príncipe Torella, el señor Bozzelli, el general Carascosa, y poco despues el señor Ruggiero.

En medio de las catástrofes de Italia, se levantaba Nápoles glorioso y

(1) Sobre todos estos pormenores véase *Storia degli ultimi fatti di Nápoli*, y la otra historia ya citada del conde Marulli.

prepotente. Sus soldados, injustamente deprimidos desde mucho tiempo atras en Europa, acababan de probar que eran mas fieles que muchos otros, y tan intrépidos como todos. La Joven Italia bramaba de cólera, recordando la siguiente carta de Magari, escrita desde Berna en 1846, á uno de sus comités directivos.

“El Piamonte está en nuestras manos, merced á Carlos Alberto, hombre de pobre espíritu que oculta bajo el cilicio sus instintos revolucionarios: la Toscana será nuestra cuando nos acomode: Roma no se sostendrá por mucho tiempo: solo Nápoles, en mi concepto, debe dar que temer; y si no secunda el movimiento, de seguro estamos perdidos (1).”

El 16 de Mayo fué disuelta la guardia nacional, decidiendo el gobierno la vuelta de las tropas napolitanas enviadas á Lombardia. Habíanse refugiado á la escuadra francesa treinta ó cuarenta diputados, quienes impelieron al almirante Baudin á que dirijiese al ministerio una nota diplomática, protestando en términos poco mesurados contra la reaccion que necesariamente iba á acompañar al triunfo de los realistas. Mas el príncipe Cariati, general antiguo de los del tiempo de Murat, y que habia ganado todos sus grados con la punta de la espada, echó á un lado con indignacion la nota.

“Señor comandante, respondió al oficial portador de ella, soy militar como vos; he peleado en los ejércitos de Napoleon; me he hallado en Moscow; llevo en el pecho, como vos, la cruz de la legion de honor. ! Pues bien! yo os declaro que un hombre honrado y leal no puede contestar á semejante nota: retiraos.”

El 17 de Mayo fué disuelta la antigua cámara; y una vez hecho esto, ¿quién será capaz de pintar el furor de la Italia Roja, al saber la completa derrota de los revolucionarios de Nápoles? Las cámaras de Palermo, al paso que ordenaban un luto de tres días, propusieron enviar inmediatamente al coronel Porcelli y al capitán de navío Miloro, para que se apoderasen de la capital de las Dos-Sicilias. Los pares aplazaron la cuestion, bajo el plausible pretesto de que la expedicion ya no era absolutamente necesaria, por cuanto Partenope habria sido reconquistado por las provincias del reino. Tan venturosa nueva se aplaudió á rabiar, y se puso mano á forjar nuevos embustes.

En Turin rayaron aun mas alto las extravagancias. Acababa de abrirse el parlamento piamontés; y al contar el desastre de los insurgentes napolitanos, un diputado llamado Ravina tuvo el atrevimiento de proponer á la asamblea que declarase lo siguiente:

1.º Que como caso de honra para el gobierno piamontés, y en gra-

(1) Historia del Sunderbund, Cretineau Joly, tomo II.

cia de la salvacion de Italia, Fernando de Borbon debía de ser considerado en lo sucesivo como un enemigo público y un tirano parricida.

2.º Que se dirijiese un mensaje al rey Carlos Alberto, suplicándole que tomase inmediatamente bajo su proteccion al reino de Nápoles con sus desdichados habitantes.

3.º Que se invitase á toda la Península á tomar las armas para libertar á Nápoles.

4.º Que se erijiese una *columna de infamia*, en la cual se esculpieran los nombres del horrible Fernando y de sus odiosos defensores (1).

Y lo mas singular del caso fué que en un siglo civilizado, en el cual es lícito pensar, y en presencia de hombres que todavía no estaban en una casa de orates, no se abofetease al tal Ravina. Los hermanos y amigos de este diputado prosiguieron el mismo sistema de extravagancias y engaños, escribiendo y propalando que el rey de Nápoles, espantado de su propio triunfo, se habia hecho decir la buena ventura por una gitana, y dar la extrema-uncion por un canónigo (2).

El trono del rey de Nápoles se restauraba glorioso y prepotente en medio de las aclamaciones del país. Fernando II habia vuelto á la plenitud de sus derechos, y era árbitro de abolir una constitucion que solo habia ocasionado desastres: tan lamentable habia sido la primera prueba, que bien podia dispensarse de continuarla; mas con todo tuvo la generosidad de publicar la siguiente proclama:

“Napolitanos: profundamente aflijido con los horribles acontecimientos del 15 de Mayo, mi mas ardiente deseo es dulcificar en lo posible sus tristes consecuencias. Mi voluntad es conservar la constitucion del 10 de Febrero. Las cámaras serán convocadas de nuevo, contando yo con que la ilustrada prudencia de los diputados me ayudará á reorganizar el poder, etc.”

Ahora bien, ¿podría restituir la paz al reino una constitucion que le habia precipitado en el abismo? Cuando menos era cosa de dudarlo.

Durante este mismo mes de Mayo, Paris, que desde el año 1789 habia tenido el buen gusto de darse once constituciones diversas, acababa de reconstruirse por la duodécima vez, en tanto que llegaba la décima tertia, pues por lo visto la Francia no se cree aun definitivamente constituida. Derrotada el 15 de Mayo la república, habia estado á punto de recibir el inapreciable beneficio de una nueva organizacion social. Mas ¿á dónde todas estas constituciones que pasan á la desfilada, esta espe-

(1) Crónica popular. Liorna, 1843, t. III, pág. 125.

(2) Crónica idem, t. III, pág. 135.

cie de procesion de cartas fúnebres que marchan, con mas ó menos rapidez, de la cuna al sepulcro, á dónde, decimos, conducian á la Francia?

Un poder y unas leyes continuamente envilecidas por los escándalos de la tribuna, y entregadas constantemente á la irrisión y al odio por la prensa ¿podian ser fuertes y durables? Tales son las preguntas que hoy se hacen los pensadores políticos. El gobierno representativo no ha sido hasta el presente otra cosa, mas que el gobierno de la charla, de la intriga, de los agios y de la mentira; es incapaz de grandes cosas, porque ataca todas las altas inspiraciones del ingenio, no favoreciendo mas que los bajos manejos de la medianía. Vive de pequenezes, de cábalas, de artificios y de corrupcion: no marcha, sino se arrastra; no se eleva sino se humilla. Lo que codicia y lo que procura no es otra cosa mas que la nivelacion, el justo medio, la desaparicion de todas las eminencias.

Se me dirá que la Inglaterra tiene una monarquía constitucional: es cierto, pero se halla sostenida por una poderosa aristocracia: la demagogia no la empaña con su hálito impuro: cada clase tiene allí sus privilegios, y cada individuo sus derechos. Por el contrario, en Francia y en todos los países que la toman por modelo, no existen hoy ya, ni clases, ni privilegios, ni derechos. Allí se encuentran los hombres desmigajados ignominiosamente en partículas sin valor. La Francia es al presente una enorme nacion compuesta de pequeños seres; un alto coloso compuesto de insectillos aglomerados: todo está removido en ella, pero nada tiene fuerza.

Una noche de 1815, señalaba Fouché con el dedo, hablando con un alto personaje, á Benjamin Constant, que conversaba aparte con el consejero de Estado Thibaudeau. “Se me figura, en vista del calor con que hablan, dijo el ministro sacando el reloj, que se ocupan de una nueva constitucion; y no consideran que en estos momentos juega Napoleón su corona en una batalla decisiva. Si es derrotado, maldito para lo que sirve la carta; si vencedor, ya sabrá pasarse sin ella.

Aquella noche era la de Watterloo.

El emperador Nicolás decia no há mucho tiempo:

“Prefiero la realidad á la mentira. Un soberano poderoso dá impulso á la civilizacion no menos que al bienestar de su pueblo; al paso que la monarquía representativa es una bomba aspirante de escudos, que solo devuelve torrentes de vana palabrería (1).”

Terminemos con el siguiente juicio de uno de los oráculos del radicalismo.

“La monarquía constitucional no ha producido mas resultado que la

(1) Asamblea nacional, 7 de Junio de 1850.

corrupcion; por eso ha perecido en Francia, no sobre un campo de batalla, sino en un albañal (1).”

El triunfo del 15 de Mayo no habia, sin embargo, desanimado á los eternos enemigos del orden y de la justicia. Carducci habia levantado nuevamente en Salerno y en el Cilento el estandarte de la rebelion; y como coronel general de la guardia nacional del país, la convocó toda para marchar contra Nápoles. Tal efecto producian en ciertas localidades sus llamadas arengas patrióticas, que especialmente en *Amalfi*, ciudad tan célebre en la edad media por sus instituciones republicanas, se quiso obligar no solo á los jóvenes, para que se proveyesen de carabinas y cartuchos, sino tambien á ancianos sacerdotes, á fin de que, tambor en mano, tocasen llamada y generala (2).

Una de las cohortes de Carducci llegó á Aversa junto á Caserta, y fué desbaratada por el coronel José Statella (hoy general), que le salió de improviso al encuentro. Los primeros fuegos de la insurreccion iban ya apagándose poco á poco, cuando el famoso Mileti, el que en 15 de Mayo habia gritado huyendo á todo correr por las calles de Nápoles: “¡Al campo! ¡á la montaña! ¡á la Calabria!” Mileti, digo, seguido por algunos de los diputados mas radicales de la antigua asamblea, apareció de repente en *Cosenza*, punto de reunion general de los rebeldes.

Con esto, cobró prontamente la insurreccion nuevas fuerzas, y organizó el 3 de Junio un gobierno provisional, ó nuevo *comité de salvacion pública*, presidido por Ricciardi (3).

Mileti, nombrado general en jefe, se trasladó á Paola para oponerse al desembarco de las tropas que el rey debia enviar contra Calabria. Otros gefes militares, especialmente Aldimeri, tomaron á su cargo la defensa interior del país. *El comité de salvacion pública* se ocupó tambien de la administracion civil, variando todos los funcionarios y proveyendo todos los empleos, como que al cabo llegó á imaginarse que significaba alguna cosa.

Mas el general Nunciante, que investido de la confianza del rey se dirigia hácia la Calabria con fuerzas imponentes, estableció su cuartel general en Monteleone, mientras que los generales Busacca y Lanza, en-

(1) Proudhon, “Confesions d'un revolutionnaire,” pág. 188.

(2) El célebre autor de la historia de Amalfi, Mateo Camera, se opuso allí con otros muchos á los furibundos manejos de Carducci, consiguiendo calmar los ánimos hasta el punto de no haber partido de la ciudad ningun combatiente.

(3) Los miembros del comité eran Domingo Manzo, Estanislao Lupinacci, Benedicto Musolino, Francisco Federici, Juan Mosziari y Julio Medaglia, secretario. Rafael Valentini, que presidió antes que Ricciardi, pasó á formar parte del poder ejecutivo. (Véase Documenti storici riguardenti l'insurrezione).